

**En el Nombre de Dios,
El Clemente,
El Misericordioso**



سرشناسه : رحماندوست، مصطفی، ۱۳۳۹ -
عنوان قرارداد: آخرین سخن: براساس داستانی از زندگی امام صادق (ع)، اسپانیایی
Las ultimas palabras: (Un relato de la vida del sexto Imam, Yafar ibn Muhammad)/Autor Mustafá Rahmandust; Dibujos Husain Asivand; Traducido del persapor Zohre Rabbani
مشخصات نشر : قم: الهام شرق، ۱۳۳۳ = ۲۰۱۳ م.
مشخصات ظاهری : ۱۸ ص: مصور (رنگی)،
شابک : ۹۷۸-۹۶۴-۲۸۲۴-۵۶-۴
وضعیت فهرست نویسی : فیا
یادداشت : اسپانیایی
یادداشت : کتاب حاضر تحت عنوان " آخرین سخن: بر اساس داستانی از زندگی امام صادق علیه السلام" توسط انتشارات بنیاد بعثت منتشر شده است.
یادداشت : گروه سنی: ب، ج.
آوانویسی عنوان : لاس اولتیماس پالا پراس.
موضوع : جعفرین محمد (ع)، امام ششم، ۸۳ - ۱۴۸ ق.
موضوع : داستان‌های مذهبی
شناسه افزوده : آسپوند، حسین، ۱۳۵۹ -، تصویرگر
شناسه افزوده : ربانی، زهره، مترجم
رده بندی دیویی : ۱۳۲۲ (الف/۳۲۴۴)/۶۸۰۱۳۲۹۷
شماره کتابشناسی ملی : ۵۲۱-۳۲۷

Autor: Mostafá Rahmandust
Ilustraciones: Husein Asivand
Traducido del persa por: Zohre Rabbani
Colaboración: Karina Sain
Director artístico: Naser Hasani
Publicado por: Editorial Elhame Shargh
P. O. Box: 37185/4138 Qom, Irán
Tel/Fax: +982532903644
Fundación Cultural Oriente
Grupo Infantil y Juvenil "El Faro"
www.faro21.com
info@faro21.com
Primera edición: 2014
3000 ejemplares
ISBN: 978-964-2824-56-4
© Todos los derechos reservados
Se permite la reproducción citando la fuente

Las últimas palabras





Desde hacía muchos años, yo trabajaba en la casa del Imam Ya'far ibn Muhammad As-Sadiq (el veraz). Hacía años que era colaboradora y amiga de Umm Hamida. Había compartido con esa familia sus tristezas y alegrías. Tomaba decisiones en muchos asuntos y siempre realizaba los quehaceres de la casa con alegría.

Pero aquel día, reinaba en mí otro estado de ánimo. Había perdido la paz y me resultaba difícil tomar decisiones. Caminaba por la casa preocupada, miraba hacia la puerta y esperaba. Aguardaba que llegaran los familiares del Imam lo más pronto posible. El adhan del ocaso no había sido proclamado aún, cuando apresurada, Umm Hamida había salido de la habitación, y llamándome me dijo: "Salimah, envía a alguien para que reúna a todos los familiares aquí". El Imam le había pedido que reuniera a todos sus familiares, para transmitirles sus últimas palabras. Pude percibir en su expresión que aquella sería la última noche de vida del Imam As-Sadiq. Una gran tristeza se asentó en mi corazón. Como no quería dejar sola a la esposa del Imam en tan doloroso momento, ni quería alejarme un solo segundo de al lado de su lecho. Apresuradamente algunas personas partieron de inmediato en busca de los familiares del Imam.

Regresé junto a Umm Hamida. El Imam se había recostado. Hacía días que Mansur –el califa en tiempos del Imam– había mandado a envenenarlo. El medio utilizado fue un racimo de uvas. El efecto del veneno fue apareciendo poco a poco. Mansur que era su enemigo acérrimo, reiteradas veces había planeado su asesinato, aunque siempre el golpe había sido desviado. Esta vez su plan había resultado.

Observar el rostro enfermo y adolorido del Imam era algo que me perturbaba. Su esposa lo contemplaba y lloraba suavemente. Los labios del Imam trataban de moverse, era como si quisiese decir algo. Pensé que tal vez sentía deseos de pronunciar sus últimas palabras delante de sus familiares. ¡Pero aún ninguno había llegado! “¡Dios mío!” –pensé– “¡Que no fallezca antes de que lleguen!”











An illustration of two women sitting on the ground in a desert landscape. The woman on the left is wearing a blue patterned headscarf and a blue dress. The woman on the right is wearing a purple headscarf and a purple dress. They are looking towards the right. In the background, there is a stone wall with a window, a brick building with yellow windows, and a green mound. The sky is bright yellow and white.

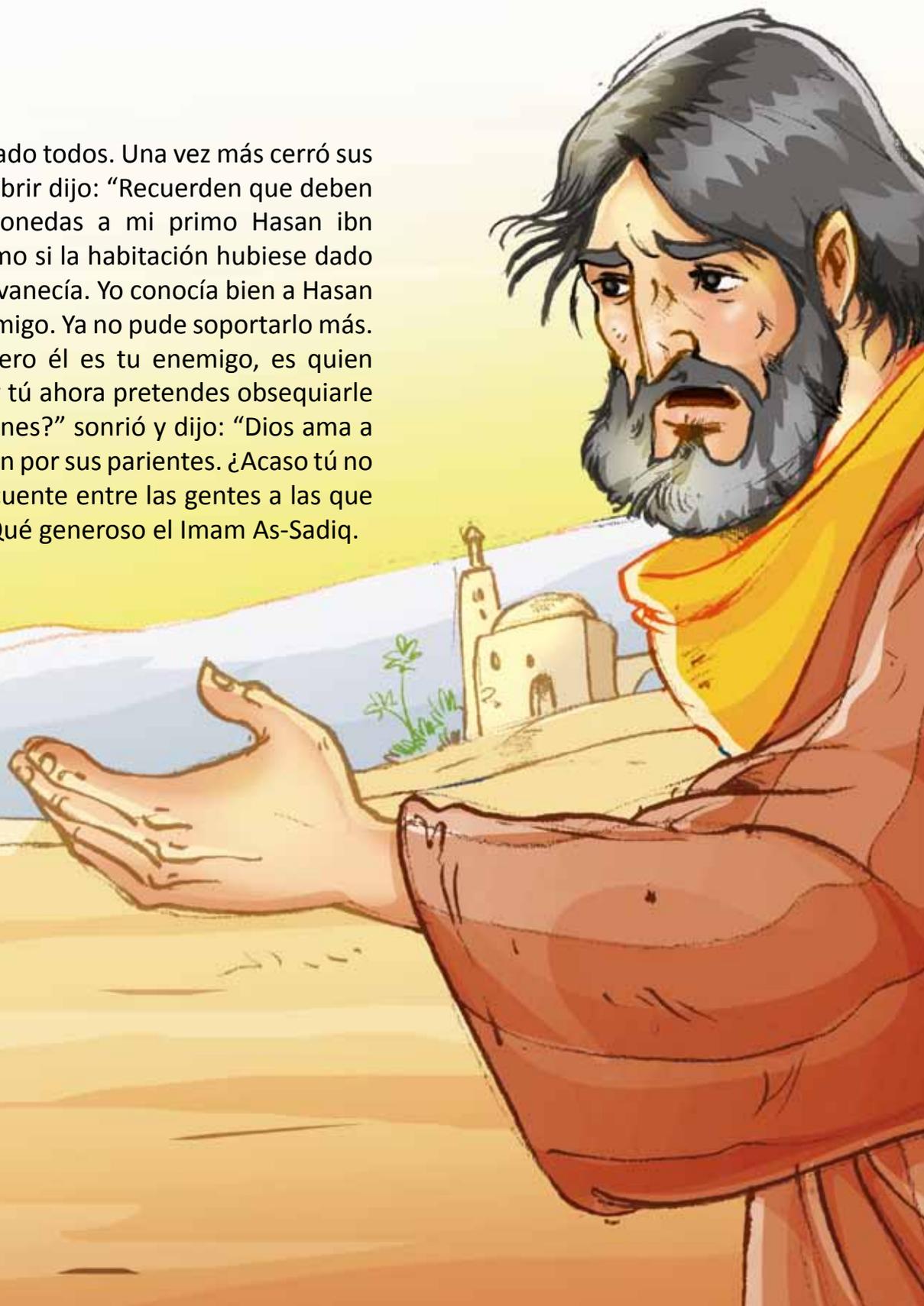
De pronto recordé a Abu Nasr, uno de los fieles compañeros del Imam. Él era una de las personas que habitualmente tomaba notas de sus palabras y sus lecciones, y luego las transmitía. Pensé que él debía estar presente en aquellos instantes. Muy de prisa me levanté y salí. No había nadie más en la casa, pues todos habían sido enviados por los parientes. No estaba segura de cuál era mi deber. La casa de Abu Nasr se hallaba a gran distancia de allí, y yo misma debería ir en su búsqueda. Pero al mismo tiempo temía que el Imam ya no estuviera con vida a mi regreso, temía no estar a su lado en sus últimos momentos.

Estaba completamente indecisa, cuando de pronto oí que golpeaban a la puerta. Al abrirla me encontré con uno de los alumnos del Imam, que había venido a visitarlo. Le dije: “El Imam está muy grave, y ésta es probablemente, la última noche de su vida”. Se sentó junto a la puerta y se echó a llorar. El solía visitarlo todos los días. Le relaté mi problema y entonces me dijo: “Lo mejor será que vayas junto a Umm Hamida, no la abandones en estos dolorosos momentos. Yo mismo iré por Abu Nasr”. Agradecí a Dios, y volví a la habitación. Él, seguía acostado.

El rostro del Imam estaba delgado y pálido. Jamás lo había visto en ese estado. Poco después, los parientes del Imam fueron llegando. Cada uno que entraba saludaba y se sentaba. Todos miraban al Imam en silencio. Repentinamente, abrió sus ojos. Su esposa acercó su rostro al del Imam, y él con un leve movimiento miró a su alrededor. Era como si hubiese querido saber si estaban o no todos presentes. Aún faltaban algunos. El Imam cerró sus ojos nuevamente. Uno de sus familiares se echó a llorar desconsoladamente. Entonces él volvió a abrir sus ojos y lo miró. Una tierna y tibia sonrisa invadió sus labios. Preguntó: “¿Por qué lloras?” Respondió en medio del llanto: “¿Cómo no llorar? ¡Que Dios aniquile a los enemigos del Islam! ¿Cómo puedo verlo así y contener mi llanto?”. El Imam permaneció en silencio y luego agregó: “No, ya no llores, cada cosa que le sucede a un creyente es buena, hasta si le cortan todos los miembros del cuerpo sería bueno para él, y si fuera dueño de la tierra toda, también sería bueno para él”. ¡Qué bellas palabras! ¡Dios mío que no sean las últimas palabras!



Aún no habían llegado todos. Una vez más cerró sus ojos. Al volverlos a abrir dijo: “Recuerden que deben entregar setenta monedas a mi primo Hasan ibn Ali”. Fue para mí como si la habitación hubiese dado vueltas. Casi me desvanecía. Yo conocía bien a Hasan ibn Ali, él era su enemigo. Ya no pude soportarlo más. Le dije al Imam: “Pero él es tu enemigo, es quien intentó apuñalarte y tú ahora pretendes obsequiarle una parte de tus bienes?” sonrió y dijo: “Dios ama a quienes se preocupan por sus parientes. ¿Acaso tú no quieres que yo me cuente entre las gentes a las que Dios estima?” ¡Ay! Qué generoso el Imam As-Sadiq.





La puerta se abrió y dos personas más ingresaron. Una era su pariente y la otra, el que había ido en busca de Abu Nasr. Apresuradamente me dirigí hacia él y le pregunté por el mencionado. Me dijo: “Abu Nasr no se encontraba en su casa, por eso envié a un familiar de él a que lo buscara”. Medité: “Ojalá llegase pronto para tomar nota de las palabras del Imam”.

Aquellos eran dolorosos instantes. Transcurrían arduamente. Una vez más el Imam abrió sus ojos. Trató de acomodarse en su lecho, los observó a todos y tras guardar un instante de silencio dijo: “Aquella persona que resta importancia y valor a la oración, no se beneficiará con nuestra intercesión”. En aquellos momentos yo no sabía que esas serían sus últimas palabras, pero él siempre nos recomendaba la importancia a la oración y el realizarla en su momento justo. Ahora había oído de él, en el último instante de su vida, la recomendación a la oración y la advertencia de que el día del Juicio Final su ayuda no llegaría a quien no diera importancia a la misma.

Repentinamente el doloroso llanto de Umm Hamida me sacó de mis pensamientos. El Imam había fallecido. Yo también lloré y recordé sus palabras.

El inmaculado cuerpo del Imam fue trasladado al cementerio de al-Baqi, por las manos de fieles y parientes, y fue sepultado junto a las tumbas de sus ancestros, el Imam Hasan ibn Ali, el Imam Ali ibn Husain y el Imam Muhammad ibn Ali. Aquella fue la noche del veinticinco de Shau'al del año 148 del calendario islámico (14-12-765 de la era occidental).

El Imam Musa ibn Ya'far, ordenó encender una luz en la habitación de su padre.



Parientes y alumnos regresaron del cementerio. Abu Nasr llegó llorando y se dirigió a Umm Hamida para darle las condolencias. Ella le dijo: “Lamento que no estuvieras presente en sus últimos momentos. Ojalá hubieses llegado a tiempo. En sus últimas palabras aconsejó tener muy en cuenta la oración, es decir que pronunció lo que había enfatizado durante los cuarenta y cuatro años que duró su Imamato”.

La casa estaba en calma. Sólo podía oírse el llanto de los parientes. Sólo una luz estaba encendida, era la luz de la habitación de Imam As-Sadiq.

